

Coro de mujeres - Seudónimo: Porodie

En Gallarta, el polvo de hierro se pegaba a la lengua y a los ojos. Todo sabía un poco a clavo. A la salida del pozo, la sirena no llamó a trabajar aquella mañana de agosto de 1917. El Triano guardó la voz y nosotras hicimos la lista antes que los discursos: pan, café, vendas, agua, nombres. Si no venían los trenes, vendría el agua; si no llegaba el pan, lo partiríamos más fino.

Abrimos la escuela para olla común y botiquín. Sobre la mesa: lámpara de carburo, tijeras hervidas, un cuaderno. “Apunta”, dijo Pilar. Escribí: *La Arboleda, cuatro hogazas; Ortuella, dos sacos; Sestao, botiquín*. El polvo rojo entraba por las ventanas como una noticia impaciente.

Con el sur bajaron los guardias. No conocían nuestros turnos: quién amasa, quién cura, quién corre. “A casa”, ordenaron. Nadie se movió. “Aquí hay caldo”, dijo Dolores, y levantó la tapa como quien muestra un salvoconducto. El vapor olía a hueso y laurel; abrió un claro en la plaza.

Llegaron mujeres de La Arboleda con delantales manchados y un niño cada una. Pan envuelto en mantas, no por secreto sino por dignidad. “Pan de huelga”, dijeron. Se cortaba bien. Con cada rebanada poníamos un nombre encima para que nadie comiera anónimo.

Entró una camilla: un minero con la ceja abierta. No hubo heroísmo; hubo hilo. Le cosí cuatro puntos mientras miraba la lámpara. “¿Duele?” “Menos que bajar”, dijo. Una chica de Orconera pidió aprender. Le di la aguja. Tenía buen pulso. “No tiemblo de miedo”, dijo, “tiemblo por costumbre.”

Noticias: arrestos en Bilbao, arrestos en Barakaldo. Hicimos otra lista: *quién lleva cartas, quién lee a las viudas, quién tiene mula, quién da la voz*. Un guardia joven dejó el fusil para encenderse un cigarro. Tenía la cara de mi primo cuando aún iba a la escuela. “Si te entra el hambre, pasa”, le dije. No pasó; tragó saliva.

Al anochecer sacamos las lámparas a la puerta. No para llamar a nadie, sino para contar que seguíamos. Una mujer de Ortuella dejó una moneda envuelta en papel: “Para quien

no tenga”. La guardé en el cuaderno, donde guardo también las palabras que los hombres no escriben.

Cerré la escuela y me llevé la lámpara a casa. La colgué en la ventana como quien pone agua a los muertos. Mi hija preguntó si mañana habría clase. “Mañana habrá necesidades”, le dije. “¿De qué?” “De lo que haga falta.” Me abrazó con ese respeto nuevo que nace cuando una ve a su madre en pie en la plaza.

No sé en qué día ganaremos o perderemos. Solo sé que la olla no entiende de telegramas, pero alimenta decisiones.

Y cuando todo pase —porque todo pasa— quedará el cuaderno. Dirán que la huelga fue de los hombres. Yo prestaré la lámpara. Que miren la luz y luego el papel: verán cómo la tinta huele a pan, a carburo y a manos. Eso también es mina. Y también cuenta.